

El artista máximo de nuestro modernismo ha sido actualizado, una vez más. Ha aparecido «Santiago Rusiñol, vist per la seva filla», un volumen exquisito, grave y dulce, nostálgico y sereno a la vez.

Rusiñol fué un personaje de una tal vitalidad y simpatía que tuvo, ya antes de morir, su leyenda. Poseedor de una bohemia burguesa, en un delicioso coqueteo con el desorden, protagonista de un momento brillante y exuberante de nuestro país y autor de miles de anécdotas, cuentan de él y no acaban. De entre los libros a él dedicados, el de José Pla era, hasta ahora, la piedra de toque para conocerle. Hoy, una dama finísima, la propia hija del artista, nos da las últimas pinceladas al retrato del poderoso personaje. Lo hace con emoción, con un amor ilimitado que conmueve y penetra los nervios del lector: algo difícil de conseguir en frío, pero no para ella, que al tiempo de rendir el mejor tributo a D. Santiago estaba consciente de dar al mundo el testimonio definitivo del lado íntimo del gran artista.

Desfilan por las páginas de este admirable libro multitud de personajes ligados a la familia Rusiñol: El Rey Alfonso XIII, el violinista Crickboom, Leon Daudet... Pero las escenas que para nosotros tienen más valor son las en que describe sesiones artísticas en casa de D. Santiago, reuniones en las que podía verse reunidos, además de los anfitriones, a Enrique Granados, Juan Maragall, el maestro Joaquín Malats, el escultor Manolo Hugué, el periodista y poeta Miquel de los Santos Oliver... todos teniendo el privilegio de oír recitar sus poesías al mismísimo mossen Cinto Verdaguer. ¡Qué momentos brillantes de nuestra historia literaria y artística fueron vividos en la casa de Rusiñol! Todos estos personajes, que alrededor del símbolo de D. Santiago se daban cita en un cenit cultural y artístico que no volverá a repetirse en nuestra historia, desfilan, vivificados en anécdotas inéditas, por las páginas del libro de María Rusiñol.

Muchas veces he pensado con una especie de terror, mezclado a una profunda nostalgia, en sí, con esas grandes figuras que coincidieron en las dos décadas 1890-1910 no desapareció todo un mundo de características propias y muy querido para nosotros. Quiero decir, si con su desaparición no se esfumaron muchos símbolos, que es lo que más importa. Porque es lo cierto que, como Doña María afirma, las generaciones de culturales de la Cataluña de hoy —cuanto más jóvenes más lo acusan— aparecen formadas con un espíritu crítico duro, impresionante, que da fe de una poderosa personalidad colectiva, de mucho peso, pero sin los destellos gloriosos de personalidades propias, de individualidades de rebeldía simpática, de un

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 25 DE MAYO DE 1950

CASOS Y COSAS

Dos palabras sobre turismo

Cuando —y hace ya bastantes años— asomaron por esta Costa las primeras vanguardias del turismo, hubo quienes —mejor dicho, la mayoría— cifraron en el suceso unos males tan tremendos como aquellos que nos originaron, por ejemplo, los galos en la antigüedad cuantas veces se nos echaron encima. Y es que para pintar furores, valga la verdad, la gente se pinta sola.

Entre las anécdotas famosas que, de prestarles ahora mi pluma, cualquiera de ustedes podría sacar a colación, recuerdo verbigracia la de aquel castizo amigo mio escritor muy entendido y admirado, que en plan de estupendo polemista se cebó contra los violadores del derecho a nuestra soledad, para al cabo de muy pocos años publicar su famoso itinerario del que hoy se nos vale el turista para penetrar hasta lo recóndito de nuestra entraña.

Pero eso, señores, era en los tiempos un tanto olvidados, en una época en que a pesar de que las ranas iban ya sin sable, todavía llamábamos al turista señor forastero cuando no seguíamos confundiéndolo con los sempiternos trotamundos que, a mejor estilo y mayor respeto, encasilla el diccionario en la uve de viajeros. Eso, señores, insisto, ocurría por aquellos tiempos, tristes y alegres —que todo depende de ser arrendador o arrendatario, del cristal y su montura— tiempos, aquellos, digo, en que muchas fachadas colgaban todavía sus blancos cartelitos de vacío, sin ocurrirseles que ahora los modernos *invasores* deberían quintuplicar como el beso de Ava Gardner, sólo que en onzas de oro, las pulgadas que la técnica fría, funcional y escandalosamente utilitaria hoy le dispone para sus pacíficas conquistas de temporada. Eso era, repito, cuando mucho menos resultaba lo llovido sobre el área del erial en que vegetaban nuestros comercios de secano, ni menos a brinco de costa se pagaba el pescado a doble precio del que por las fiestas se cotiza en pleno corazón de la montaña.

Tiempos aquellos que hoy, en suma, conviene olvidar, aunque no sin antes haber aprendido que no por echarle borrón sale siem-

pre nueva la cuenta. Que cosas hay, como lo dicho, con fuerza suficiente para andar solas, mientras que otras necesitan ser empujadas —¡horroricense ustedes! — con la simple simpatía de nuestra tolerancia.

Nadie duda que es mucho lo andado, aunque todo muy leve y trivial ante la importancia y magnitud de lo que nos toca todavía por andar si es que realmente queremos a fin de cuentas incorporar nuestro destino por las rutas que arrancando de los más diversos meridianos podrían final y felizmente converger en nuestras playas.

Por de pronto conviene actualizar la palabra cosmopolita, dando a nuestra actitud y comportamiento lo que en buena mundología echamos a veces muy de menos.

Si me perdonan que en el tiempo nos traiga la anécdota tan lejos, recordaremos que cuando en Londres se celebró la Conferencia de la Mesa Redonda, en medio de unos lords muy serios y encopetados, trajeados con su impecable chisteza a lo paño inglés de antes de la guerra, pudo, digo, entre la majestuosidad de tan rancia aristocracia tomar asiento un hombre sin más patrimonio que una cabra y que envuelto en una sábana paseó tan tranquilo por el mundo como a nosotros casi siempre entre sábanas los sueños nos pasean desde la cama.

Digo con ello —y así voy a concretarlo— que el día que otro James Masson pueda deambular tranquilo por nuestras calles sin el estorbo, asfixia ni coacción de la más fastidiosa curiosidad; digo que el día que dentro de lo tolerado por los códigos universales sepamos ser un poco más tolerantes, entonces y solo entonces habrá llegado el momento de reconocer que realmente poseemos una conciencia turística.

Que no todo son carreteras, hoteles y organización o que únicamente nos hace falta. La única diferencia estriba en que estas tres cosas podemos pedirles a los demás, mientras que lo primero es mucho más difícil por la sencilla razón de que debemos pedirnoslo a nosotros mismos.

ALABRIC

altísimo relieve. Aquellos últimos románticos, como Albéniz, Granados e Ixart, aquellos idealistas como Verdaguer, Maragall y Alomar, aquellos hombres llenos de fe como Ignacio Iglesias, Valentín Almirall y Enrique Morera, y aquel coloso, síntesis casi cosmo-

lógica, que se llamó Santiago Rusiñol, se apagaron.

Y en el pebetero delicado del libro de María Rusiñol se quema la perla de la mejor lágrima vertida en recuerdo de aquel mundo.

J. V. A.

Ese mal que nos aqueja

Cuando era adolescente conocí a un hombre muy amable y eternamente sonriente que llegó a convertirse en ídolo de mi juventud. Un día estaba yo discutiendo acaloradamente con un compañero sobre temas filosófico-sociales que ayer, hoy y siempre han sido, son y serán materia de discusión. Como sucede en tales casos, llegó un momento en que adujimos nuestras razones a grito pelado y la discusión hubiera acabado mal a no ser que intervino el tal señor y calmó los nervios exaltados. Luego me condujo aparte y me dijo:

—Mira muchacho: voy a darte un gran consejo que te ayudará mucho a bien vivir. No discutas nunca con nadie. El secreto de la felicidad en este mundo consiste en no decir nunca no. Sonríe, di siempre sí... y luego haz lo que te acomode. Si una cosa o una idea no te atañe directamente, deja que digan cuanto quieran sobre ella aunque sea disparate; si por el contrario sientes interés por ella, sigue el camino de tus conveniencias. Toma ejemplo de los vendedores comerciales: —«El cliente siempre tiene razón». ¿Le gusta verde?, pues el verde es el mejor y el más elegante. Que cambia de parecer y se decide por el amarillo, ¡ah! el amarillo es el de la mejor calidad y representa la última moda. Hijo mío, el mundo es un gran comercio.

Quedé atónito y sin saber que contestar; pero noté que algo se desgajaba en mi interior y oí una voz que me decía: Este sujeto a quien tanto admiras es muy distinto de lo que te figurabas.

Andando el tiempo me he dado cuenta que la filosofía del mencionado ciudadano se ha extendido tanto que es la norma de conducta de buena parte de nuestros contemporáneos.

En las grandes oficinas, en los despachos y antecámaras de los supremos «hombres del día», en todas partes dicen a uno que sí, que bien, que se hará; pero si no se cae en la idea de ayudar con algo a que se refresque la memoria, puede esperarse sentado.

Si tal o cual señor clama en pro de un tema determinado y tiene razón pero no interesa considerarla,.... silencio, silencio. La cuarta dimensión es un ogro voraz que todo lo devora. Si no tiene razón, silencio también: no vale la pena discutir. Hoy se discuten las cosas secundarias, pero lo que tiene envergadura o trascendencia se deja para mañana. El hombre práctico dice: Los pro-

(Termina en la pág. 4)